

turcos. Se refiere elogiosamente a los defensores heroicos de Castelnuovo, «que después que en el mundo hay guerras nunca hubo más balerosa jente ni que con más ánimo peleasen hasta la muerte» (p. 250), y de tantos buenos soldados «de los cuales hay infinitos que... con su pica al hombro, se andan sirviendo al rei como esclavos invierno y verano, de noche y de día» (p. 145). Pero ¡qué diferente cuadro el de sus mandos! Allí reina la corrupción más descarada. Urdemalas denuncia como hecho común el hurto de las pagas de los soldados por parte de sus capitanes (pp. 144-45). Todo ello coloca en opinión de nuestro autor al ejército turco en posición de ventaja sobre el español. La pregunta de Votoadiós «¿ordenan bien su ejército como nosotros?» es contestada por Urdemalas con aplomo: «¿Porqué no? ¡y mejor!» (p. 421).

Urdemalas no ha dejado títere con cabeza: oficiales, jueces, capitanes, toda la organización social de España parece dominada por el interés propio, y el responsable último de todo es el rey. Claro está que una censura directa del monarca hubiera sido impensable, pero la censura indirecta de su comportamiento es en cierto modo aún mayor. Ya Urdemalas, al principio de su relato, ha criticado implícitamente al monarca por su descubrimiento de la corrupción general en el ejército. Inocentemente le pregunta Votoadiós: «y el Consejo del Rei, ¿no lo sabe?»; y con mala intención le responde: «no lo debe saber, pues no lo remedia» (p. 145). Pero después el autor va más lejos. Siguiendo el esquema habitual, tras la narración de Urdemalas, en este caso sobre el nombramiento atinado de un diplomático hábil por Solimán, viene el elogio de éste, por Mata ¡en contraste con las cosas «de acá»! Por si ello fuera poco, el comentario de Juan pone el ribete sentencioso al caso:

MATA.— Y aun con eso ganan cada día y no pierden. El más alto consejo me parece que fue el del Gran Turco en eso, que de cabeza de ningún príncipe podía salir. Sin más oír del Gran Turco yo para mí tengo que es hombre de buen juicio y de tal consejo se debe de servir; cosa es ésa que no se mira acá ni se haze caso, sino que por favor hay muchos que alcançan a ser capitanes y consejeros en la guerra no habiendo en toda su vida oído atambor ni pífano, sino tamboril, guitarra y salterio. ¡Mirad qué consejo puede aquél dar en la guerra!

JUAN.— Quando los ciegos guían ¡guai de los que van detrás! (p. 460).

Son palabras cargadas de intención. En la España que camina históricamente hacia Lepanto nuestro autor elogia nada menos que al príncipe máximo del Gran Enemigo como modelo de conducta para dirigir un estado. He aquí el motivo porque los turcos «ganan cada día y no pierden,» sin necesidad de acudir a impenetrables mandatos divinos. Ocurre que los turcos están simple y llanamente mejor gobernados que los cristianos, entre quienes no hay «ningún príncipe» comparable a Solimán (a quien Pero Mexía llama despectivamente «soberbio y ambicioso tirano»).³⁷ Porque nuevamente es de reseñar que Solimán no es la excepción a la regla. El amo de Urdemalas, Sinán Bajá, a pesar de que en cierto momento intentara por la fuerza convertirle al islamismo, recibe de él un juicio favorable, como se merece la enorme dedicación a su oficio que conocemos. Sinán es liberal, sensible y justo, como al final hasta Votoadiós reconoce con sinceridad: «Estoy tan aficionado a tan humano príncipe, que os tengo embidia el haber sido su esclavo, y no dexaría de consultar letrados para ver si es lícito rogar a Dios

³⁷ Silva, I, 105.

por él» (p. 232). Nada parecido encontraremos referente al rey de España. Al contrario, cada vez que se menciona un asunto de corrupción o ineficiencia el dedo de Urdemalas le apunta de modo más o menos directo como último responsable. Desde luego, cuando se trata de la total dejación a que son abandonados los cautivos del Turco, la acusación es directísima. Rescatarlos, dice Urdemalas, es objetivo inalcanzable, «sabiendo que el Rey ni lo ha de hazer ni aun ir a su noticia» (p. 250).³⁸ Rodeado de arribistas y medradores, la Corte del Rey ofrece una imagen políticamente incapaz y moralmente reprobable, abismalmente opuesta a la de Solimán el Magnífico. Mata, con amplia experiencia en esos círculos, glosa de este modo la estrofa de Urdemalas sobre los necios: «Ahora os digo que os perdonen quanto habéis dicho y hecho contra los theólogos, pues con solo un jubón habéis vestido la mayor parte de la corte» (p. 249)

La diferencia es no sólo personal, de un rey mejor que otro, sino institucional, de un sistema superior al contrario. De algún modo u otro todos los viajeros occidentales a Turquía habían resaltado el hecho sorprendente de que allí no existiera nobleza.³⁹ Todos los cargos, incluso los de mayor rango son personales y no hereditarios, con la sola excepción de los miembros de la casa otomana. Busbecq lo explica así:

Entre los turcos, pues, los honores, altos puestos y juzgados son asignados como recompensa a la extrema habilidad o el buen servicio. Si alguien es deshonesto, perezoso o indolente, permanece en lo más bajo de la escala social y es objeto de desprecio; para tales cualidades no hay honores en Turquía.

Esta es la razón por la que son tan exitosos en sus empresas... Estas no son nuestras ideas; entre nosotros no existe el acceso por vía de mérito; el linaje es la norma que lo rige todo; el prestigio del apellido es el único elemento para avanzar en el servicio público.⁴⁰

Esta es una de las más sorprendentes características del sistema otomano, especialmente en época de Solimán. La movilidad social de los ciudadanos es posible mediante el mérito personal en un sistema competitivo.⁴¹ Precisamente por elegir al embajador que cree más hábil y mejor preparado, Solimán recibe el elogio de Urdemalas que hemos citado; pero además, toda la acción novelesca del *Viaje* nos ofrece el mejor ejemplo de esta movilidad social: en apenas unos años, los méritos terapéuticos de Urdemalas le llevan a ascender toda la escala social, del cautiverio y la esclavitud a la fama y fortuna de ser protomédico del propio sultán. Nada sabe Sinán Bajá del origen social de Urdemalas, y nada le importa. Sin dejarse guiar por razones de linaje ni favoritismos de consejeros, premia la dedicación y el esfuerzo que Urdemalas ha mostrado en todo momento como médico y mayordomo. No es aventurado por nuestra parte especular

³⁸ *Condena ampliable a las autoridades eclesiásticas.* Dice Mata: «Si las dignidades solamente de las iglesias de España, con su preladados, quisiesen, que es también hablar al aire, no habría necesidad del ayuda del Rey para ello; mas ¿no sabéis que dize David: "Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum"? No se nos vaya, señores, la noche en fallas» (p. 251).

³⁹ Cf. C. D. Rouillard, pp. 390-15.

⁴⁰ Letters, p. 155 (la traducción es mía). Cf. también pp. 22-3 y 59-60. Hasta un viajero poco favorable a los turcos como Nicolai dice: «These Cadilesquera are... created and elected vnto this dignitie and actortie not by fauourable ambition, but through honorable elction out of the first and most learned doctours of theit lawe» (Navigations, p. 97).

⁴¹ *Sobre la movilidad social en la sociedad otomana*, cf. Sanford Shaw, History of the Ottoman Empire and Modern Turkey (Cambridge, Cambridge Univ., 1976), I, 113 y ss.

que el autor del *Viaje* tiene probablemente sus dudas sobre la validez general de un sistema social basado en un rango social que dicta el nacimiento. Porque la opinión de Urdemalas sobre los móviles materialistas que persigue el hombre de los nuevos tiempos está expresada con claridad meridiana:

la ganancia, el dinero, la necesidad y intherese, hazen los hombres atrevidos; sé que el que hurta bien sabe que si es tomado le han de ahorcar, y el que nabega, que si cae en la mar se tiene de aogar; más, no obstante eso, nabega el uno y el otro roba. (p. 253).

La conciencia de que el dinero mueve a los hombres, ingeniosamente poetizada en los versos maliciosos de Juan Ruiz, dramatizada después en *La Celestina*, halla aquí una expresión acabada que rivaliza con las más penetrantes de su siglo.⁴² Urdemalas no puede refrenar su desacuerdo cuando candorosamente Mata comenta que aquel estado de pobreza en cautividad no debía de haber sido tan insufrible pues, como dice el refrán, «la pobreza no es vileza».

PEDRO.— Maldiga Dios el primero que tal refrán inventó, y el primero que le tubo por verdadero, que no es posible que no fuese el más tosco entendimiento del mundo y tan groseros y ciegos los que le creen.

MATA.— ¿Cómo así a cosa tan común queréis contradecir?

PEDRO.— Porque es la mayor mentira que de Adán acá se ha dicho ni formado; antes no hay mayor vileza en el mundo que la pobreza y que más viles haga los hombres: ¿qué hombre hay en el mundo tan illustre que la pobreza no le haga ser vil y hazer mill quentos de vilezas? y ¿qué hombre hay tan vil que la riqueza no ennoblezca tanto que le haga illustre, que le haga Alexandro, que le haga Çésar y de todos reberenciado? (pp. 145-6)

Engañese quien quiera dando motivaciones piadosas a acciones que no persiguen sino el provecho material propio. Refiriéndose a los conquistadores del Nuevo Mundo el embajador flamenco Busbecq escribe cómo todos hablan de extender la fe cristiana cuando en realidad sus almas no encierran sino codicia de riquezas: «pietas ostenditur, aurum quaeritur.» Con similar osadía Urdemalas descalifica de un plumazo esos pretendidos altos ideales que mueven la voluntad de los hombres. ¿Honor, servicio al rey? En absoluto; el servicio es en realidad un medio para lograr bienes materiales: «¿pensáis que sirbe nadie al rei sino para que le dé de comer y no ser pobre, por huir de tan grande vileza y mala ventura?» (p. 146)

Aceptando en rigor esa realidad con todas sus consecuencias, el sistema turco es más realista y por ello más eficaz, ya que estimula la competencia y la superación personal que redundan en una sociedad vital y de ritmo activo. España en cambio parece sostenerse en ideales aristocráticos a toda vista obsoletos en estos nuevos tiempos. En cualquier caso, el lector del *Viaje* no podrá evitar la obvia pregunta siguiendo ese mecanismo comparativo al que nos conduce su autor. ¿Sería posible imaginar a un turco cautivo en España que por propios méritos llegara a ser mayordomo y protomédico de la familia real? Es, claro, una pregunta retórica.

⁴² Cf. Juan Ruiz, Libro de buen amor, est. 217-25 y 490-513. Sobre *La Celestina*, me remito al estudio de J. A. Maravall, El mundo social de «La Celestina» (Madrid, Gredos, 1964). En esta obra, ejemplar en su género, pueden hallarse numerosas referencias a las cuestiones sociales de que hablamos.